

JUVENTUD Y COMPROMISO

INTENTO DE ARMONIZACION GENERACIONAL

Conferencia dictada por el Ministro del Interior,

DOCTOR PATRICIO ROJAS SAAVEDRA,

en la Universidad Austral de Valdivia,

Inaugurando el XX Congreso Nacional

de Clubes de Leones

17 de Abril de 1970

CHILE

www.archivopatricioaylwin.cl

EDICIONES DEL DEPARTAMENTO DE CULTURA Y PUBLICACIONES
MINISTERIO DE EDUCACION

JUVENTUD Y COMPROMISO

INTENTO DE ARMONIZACION GENERACIONAL

Al recibir la invitación que me formulara el señor Director General de la XX Convención Nacional de Clubes de Leones para participar en un análisis de los problemas de la juventud, confieso que mi primera reacción fué la de aceptar, dada la oportunidad del tema y la posición que ocupo actualmente como responsable de la seguridad del país, ubicación que presenta una imagen de choque con muchos sectores de jóvenes.

En mi caso personal esta imagen, a su vez, parecería a muchos en conflicto con el contacto y la dedicación de toda mi vida a los problemas juveniles. Tengo la convicción, corroborada por la vivencia de los meses que llevo en la jefatura del Gabinete, de que me ha sido posible una armonización entre el pasado y el presente en esta materia, y por este motivo tengo mucho agradecimiento por los jóvenes de mi país.

Creo en la posibilidad de una armonización generacional. Por eso me atrevo a hablar de la brecha de generaciones actual.

En verdad, una vez enfrentado al tema, he comprobado que, más que en choque con la juventud, estuve enfrentado al escaso tiempo disponible de un Ministro del Interior, sea de Chile como de otros países, para pensar en algo que no sea su tarea específica.

Por lo tanto, tengo una primera excusa en la validez y utilidad de mi intervención de esta mañana, proveniente de lo anteriormente dicho, por una parte y, por otra, de mi sospecha de que si lo que dicen los adultos de los jóvenes sirviese a éstos para solucionar sus problemas, las toneladas de papel que se han escrito y de palabras que se han pronunciado en los últimos tres años acerca del estallido juvenil evidenciarían una mejoría del fenómeno, lo que no parece estar ocurriendo.

Por lo tanto, no pretendo explicarle al joven lo que le pasa, por la misma razón que el médico que acepta explicar lo que sabe de la enfermedad al paciente, rechaza que otros le expliquen lo que le ocurre a la medicina. Todo lo que pretendo es dar un testimonio de mi experiencia, junto al distinguido educador don Juan Gómez Millas, como responsables de las políticas, metas y logros de la reforma educacional chilena que es, a mi juicio, uno de los pilares del profundo cambio social experimentado en nuestro país en el último sexenio. Asimismo, intento proyectar lo observado en el corto período en que el apoyo generoso de los países miembros de la Organización de Estados Americanos me colocó al frente del primer impulso multilateral destinado a convertir el progreso educacional científico y tecnológico de América Latina en una nueva base de nuestro desarrollo, iniciativa nacida en la última reunión de Presidentes de América en Punta del Este.

Dos décadas y sus jóvenes.- Desde esta posición focal, he sido testigo como todos nosotros, del

conflicto juvenil que se ha desarrollado en la década del 60 con gran potencialidad de ruptura, especialmente a nivel de los movimientos políticos y sus respectivas juventudes en América Latina, que ha tenido como centro de acción la Universidad latinoamericana, y como campo de irradiación la totalidad de nuestras sociedades.

Es interesante recordar al respecto que en la década anterior destacaba una verdadera ausencia de signos de ruptura en gran parte del movimiento estudiantil europeo y norteamericano, área en donde precisamente poco tiempo después sería más violento el conflicto. En esos años, los dirigentes juveniles de entonces criticábamos el alineamiento de los movimientos juveniles de esos países en torno a la política de bloques, que no respondía a nuestros intereses ni a nuestra formación. Del mismo modo ironizábamos respecto del conformismo y quietud que, frente a la situación interna de sus países, mostraban esas organizaciones estudiantiles adoptando ropajes neutros de extensión cultural y de servicios y facilidades a los estudiantes. En nuestro lenguaje de ese entonces nosotros, los de América Latina, éramos políticamente "desarrollados" y le asignábamos un estado de "subdesarrollo" a los movimientos juveniles del Viejo Mundo y de América del Norte. Estaba lejos de los debates de la Unión Nacional de Estudiantes de Estados Unidos la toma de Harvard, los choques en California, los hippies, la Nueva Izquierda, y los Panteras Negras. Sin embargo, los gérmenes de estos movimientos existían con diversa vigencia e intensidad.

La situación ha cambiado radicalmente y fuí testigo presencial del estallido juvenil y de violencia en los Estados Unidos en los años 1967, 68 y 69. Recuerdo nítidamente una semana vivida en un hotel en Washington bajo el toque de queda, que obligaba a recogerse a las cuatro de la tarde; tengo viva la visión de la calle 14 de esa ciudad, incendiada en los días que siguieron a la muerte de Martin Luther King, como asimismo, la imagen de jóvenes armados con fusiles que, meses después, ocuparon diversos Colleges.

No olvido, asimismo, la reacción de los sectores más responsables de la sociedad norteamericana frente a esos hechos. Bajo la pregunta: ¿cómo pudo pasar ésto? o ¿por qué ocurre ésto?, el Gobierno, el Congreso, las Universidades, las fundaciones y los medios de difusión se movilizaron en una gigantesca tarea de reflexión y análisis, en comisiones investigadoras, estudios, seminarios y encuestas.

Nunca presencié campañas de terror ni de amedrentamiento colectivo. Recordando tal vez la experiencia dejada por el macarthismo en la vida de la nación, las declaraciones de los líderes negros más extremistas, que reproducían los periódicos, anunciando la guerra al blanco, no pretendían crear una psicosis colectiva de peligro o destrucción de la sociedad, a pesar de su innegable contenido de violencia.

Quienes clamaron por imponer la autoridad, recibieron la respuesta mayoritaria de sociólogos, educadores, científicos, políticos e intelectuales,

de que era precisamente en el autoritarismo presente en la sociedad donde había que buscar la responsabilidad de buena parte del estallido juvenil.

Este recuerdo, unido a los sucesos de Mayo en París o Nanterre, los choques en Tokio o Corea, las marchas de paz contra la guerra de Vietnam, etc., demuestran la existencia e intensidad de la brecha generacional, rebelión juvenil o como quiera llamarse. Dice con mucha razón una autoridad en la materia en un informe reciente que “el uso más dramático y generalizado de una fuerza legítima es contra la juventud... La guerra de la edad pareciera estar por sobre la lucha de clases o la guerra contra el crimen. Los jóvenes son los que reciben ahora el título de enemigos públicos número uno”. (John R. Seeley. “Youth in Revolt”).

Vemos así que el advenimiento de la sociedad mundial de algunos utopistas, o el sistema mundial de algunos internacionalistas, y sus posibilidades de armonía para una convivencia que permita una vida digna, “digna de ser vivida” como diría el Presidente Frei, ha sido precedido por el descontrol de problemas mundiales nuevos, como el de la juventud y el crecimiento de la población. Queda la esperanza de que éstos puedan servir, por su propia existencia y naturaleza, al viejo ideal humano de suprimir las guerras, el odio racial y la explotación del hombre por el hombre.

Causas o efectos.- Sin pretender un análisis de los orígenes y fundamentos de la crisis juvenil, cometeré el error consciente de adelantar un juicio de

valor. La crisis juvenil representa, junto a la revolución científico-tecnológica y al agotamiento de la validez de muchos sistemas y formas de vida, una encrucijada en la historia humana semejante o superior en sus efectos a la generalización del espíritu helénico en la antigüedad, a la difusión del cristianismo o al renacimiento. Esto nos entrega una responsabilidad fascinante y sobrecogedora a la vez y coloca a la humanidad, una vez más, en ese "caminar al borde del abismo" de que nos habla Toynbee.

Abandonando todo juicio de valor, coincido con quienes señalan la crisis juvenil como un fenómeno de características complejas. No podemos colocar en categorías similares al hippie norteamericano y al revolucionario de Mayo de 1968 en París o Nanterre. No podemos asimilar en un mismo esquema al muchacho rebelde en un país altamente industrializado, con el joven militante en una nación del tercer mundo. Sin embargo, podemos creer que existen raíces comunes en la rebelión juvenil que tienen mayor o menor vigencia en cualquiera parte de la tierra.

En primer lugar, parece obvio decir que es un fenómeno de naturaleza psicológica. Como su manifestación más aparente y frecuente proviene de su conducta, sea en el vestir, hablar o hacer de los jóvenes, lo característico de la juventud ha sido siempre su modo o estilo de "ver las cosas" y "ser" en la vida. Aún en aquellos que expresan manifiesto desprecio por la moda y la vida burguesa, existe una actitud en el vestir y en el actuar que es

consecuente, en todo caso, con su modo de pensar. Lo irónico es que la sociedad de consumo de la que pretenden escapar, ha adoptado algunos de estos estilos, como el atuendo del hippie, para transformarlo en una moda al alcance de todos los consumidores en las grandes tiendas y los centros comerciales.

En segundo lugar, destaca la presencia del llamado conflicto generacional. Creo que la mejor expresión para tipificarlo es la crisis de autenticidad. En pocas palabras, ésta representa el abismo que presencian en muchos casos los jóvenes entre las palabras y los hechos por parte de los adultos responsables de la economía, la política, la justicia y la sociedad.

Es que los jóvenes han visto a los adultos en esta primera mitad del siglo vivir hablando de paz, y haciendo dos guerras mundiales. Han visto en el pasado levantarse regímenes políticos de corte nacionalista que, una vez en el poder, enajenaban la libertad y la independencia económica de su país. Nos han oído defender la familia como célula básica de la sociedad, y han crecido sin orientación paterna y, muchas veces, materna. Han escuchado nuestro respeto por el valor de la persona humana, y han visitado nuestras poblaciones marginales, llámense favelas, callampas o villas miseria. Por eso dudan de la sinceridad y aún de la rectitud de los mayores, y de su capacidad para crear un mundo mejor más allá de lo que digan nuestras Constituciones o los derechos que garantizan nuestras leyes.

En tercer lugar, comprobamos su rechazo por lo "dado" o "establecido". Presenciamos así cómo los valores, formas de vida y, en una palabra, "la cultura establecida" parece no tener validez, ni responder a muchas de sus inquietudes. Esto por cuanto muchos de estos valores, formas de vida y cultura responden a modelos representados por sociedades de masa, deshumanizadas y burocráticas, con los añadidos modelos tecnológicos y militaristas del mundo desarrollado.

En todo esto muchos jóvenes reconocen el tremendo drama humano de confundir el progreso externo con una mejoría interna de la persona. El campo en que esto se advierte mejor es en el de la ciencia. No existen dudas sobre la cantidad de bienes y servicios que ésta coloca a disposición del hombre. Sin embargo cuando ocurre como ahora que transformamos la ciencia en un fin absoluto, confundimos su interpretación de los hechos externos con la posibilidad de que nos responda la pregunta personal por el sentido de la vida, respuesta que se encuentra fuera de su alcance, porque la libertad se le presenta como una ilusión subjetiva. Como dice Eugen Bohler, "sólo puede conseguirse la satisfacción mediante una transformación interna, a través de la cristalización de los valores humanos dentro de la persona. En tal medida la fé en el progreso externo representa una evasión al futuro y, al mismo tiempo, una forma de hipocresía pues descuida la evolución interna". No olvidemos que la acusación de hipocresía es muy fuerte de parte de los jóvenes, y de que estas palabras son de un

pensador adulto.

Por último, destaca en el espíritu que anima a los jóvenes de hoy el afán de participación en el cambio social, económico, cultural y político de sus países.

En este aspecto del problema se entrecruzan de manera difícil de separar, procesos de evolución social, políticas de poder, y crecientes responsabilidades para la juventud. La estratificación social por escalas de mérito, característica de las sociedades modernas, reemplaza al mecanismo de ubicación social dado por las viejas jerarquías de escaso mérito personal, como la heredad, la riqueza o la "tradición", carente de respaldo intelectual o moral. Contribuye a este fenómeno de participación, la convicción y urgencia de abrir nuestras sociedades incorporando vastos sectores que han estado marginados del manejo y solución de sus problemas.

Hay que alertar, asimismo, respecto de las políticas de poder y sus intrincados hilos que a veces, promoviendo la juventud, pretenden en verdad utilizarla para fines subalternos.

Por último, la asignación de responsabilidades crecientes a muchos jóvenes en la hora actual choca con la negativa de su responsabilidad en otras tareas. No es fácil comprender por los jóvenes por qué los niños fueron buenos para trabajar en las fábricas al comienzo de la revolución industrial, y hoy día los jóvenes son buenos para matar y aún morir en guerras como Vietnam, y

no son buenos para participar en su propio destino cuando se educan en las universidades. No olvidemos que el progreso educativo provoca el hecho actual de muchos países en que los salarios son más altos en los recién egresados de las universidades, que en los profesionales con 10 o 15 años de experiencia.

Diferencias: compromiso y alienación.- Con lo anterior no pretendo agotar el diagnóstico del problema juvenil, sino explorar someramente las características comunes que, como causa o consecuencia, los representan más típicamente.

Sin embargo, evitando caer en generalizaciones, este "estado de situación" de la juventud en gran parte del mundo, presenta en los países en desarrollo, rasgos diferenciales que importa comentar.

Deseo señalar solamente tres de éstos. Primero, creo que a diferencia de las áreas desarrolladas del mundo, en las que destaca el rechazo por las ideologías por gran parte de los jóvenes, y que corresponde a su repudio por la mitología del dinero, los negocios, el computador y todo lo que simboliza para ellos el sistema de vida imperante en esos países, en el mundo en desarrollo la mayoría de los movimientos juveniles afirma la existencia de un conflicto ideológico, y toma parte en él. La juventud no rechaza las ideas ni las ideologías, sino que se compromete esencial y profundamente con su posibilidad de respuesta a los problemas de su pueblo. Diría que en nuestros jóvenes hay una

mayor tendencia al compromiso que a la alienación, sin perjuicio que el compromiso alcance grados de extrema radicalización y aún apoye tácticas rupturistas y de inusitada violencia.

En estrecha relación con lo anterior, en nuestros países existe una búsqueda, más que un rechazo, del bienestar. A pesar del repudio juvenil que reciben las medidas de progreso y la despectiva calificación de "desarrollismo" que le otorgan a los esfuerzos por aumentar la eficiencia y modernizar nuestras sociedades, no conozco ningún joven que desee aumentar el analfabetismo de su país, o disminuir los salarios de los trabajadores o el ingreso nacional. Esto es obvio, porque en nuestro país no existen todavía condiciones de vida que repudiar, salvo en un escaso estrato de nuestra sociedad. La aparición de algunos jóvenes que lucen elegantes tenidas al estilo hippie en el barrio alto de Santiago, no pasa de ser, en mi concepto, un intento meramente imitativo, pues es dudoso que hayan cortado todos sus nexos con la sociedad o con las familias que los siguen educando y manteniendo bajo su alero protector. Este amparo social de sectores burgueses de mediano y alto ingreso está presente aún en el caso de los grupos extremistas de nuestro país, y constituye un factor importante en la posibilidad de someterlos a la acción de la justicia.

Por último, creo interesante señalar la ausencia de conflictos interjuveniles en los países en desarrollo, como el enfrentamiento racial que se presenta entre sectores de la juventud en países desarrollados. Desde este punto de vista el movi-

miento juvenil entre nosotros presenta una mayor cohesión que en aquellos países donde la disensión interna representa cortes debilitantes, no sólo entre la juventud, sino que también en toda la sociedad.

Presente y futuro.- Si tal es el panorama de la situación de la juventud, es preciso adoptar una actitud de análisis de su posible solución o salida o, como se dice hoy, de construcción de puentes para los abismos. Esta es una primera exigencia de todo progreso social y sé que, en primer lugar, la juventud la asume plenamente. Los jóvenes de hoy comprenden que su rechazo de los valores no elude la valoración que deben efectuar de todos modos, ni el rechazo de los mitos modernos les excusa de respaldar las ideas.

Creo en la utilidad de enfocar posibles respuestas a la inquietud juvenil en los países en desarrollo, y concretamente en Chile, a través de la predominancia entre nuestros jóvenes de un espíritu de compromiso por sobre el de la alienación y la pasividad. Su conciencia, inquietada primero por la visión que desde niños reciben de muchas injusticias, del mantenimiento de privilegios irritantes, cuando no del sometimiento de su personalidad, es estimulada a un proceso de internalización de la realidad exterior, que es acelerado por el proceso educativo y por la educación invisible que dá el medio cultural y los sistemas de comunicación social.

Frente a la conciencia juvenil se presentan hoy dos grandes alternativas de compromiso: el

cambio democrático y la violencia insurgente. Si bien a primera vista esta alternativa puede corresponder a un objetivo común de transformación profunda de la sociedad, no es menos cierto que la adopción de ciertos métodos y tácticas suele representar tales situaciones de permanente sojuzgamiento y atropello humano, que convierten a un camino que nadie duda debe tener muchos obstáculos, en una penuria que no alienta a seguir caminando.

Por otra parte está la cuestión de las velocidades relativas de los cambios. No es fácil afirmar hoy en día que siempre la velocidad de transformación de una sociedad por la insurgencia armada supere otras posibilidades de transformación, sin tanto sacrificio ni dolor. Es cierto que se puede señalar varios ejemplos de rápida transformación social bajo soluciones derivadas de un conflicto violento, pero ésto depende fundamentalmente de las condiciones de base que han debido renovarse, las que muchas veces han sido tan deplorables como para que se piense que cualquier cambio resultaría mejor que seguir sobrellevando el atraso, la injusticia y la miseria. Además, si bien esto es cierto en un corto período de tiempo, hay quienes piensan que en períodos históricos más largos, la evaluación de los logros conquistados por este medio no tengan igual validez.

Por su parte, la velocidad de cambio puede experimentar aceleraciones, compatibles con una vía democrática y pacífica, que son realmente sorprendentes.

¿Quién no ha observado la aceleración del cambio de generaciones, que antes fijábamos en un período arbitrario de veinte años y que hoy se ha acortado a la mitad y en algunos casos a cinco años?

Esto es fácil de demostrar por la diferente relación que hoy día tienen, no sólo los hombres de 20 años con los de 40 años de edad, sino porque hay diferencias en el comportamiento y en los juicios entre los jóvenes de 20 con los de 25 años de edad.

¿Qué decir de la aceleración del cambio en el arte, donde las escuelas y el estilo en la pintura, la música o la poesía se transformaban antes junto con sus épocas, y duraban muchas veces más de un siglo, mientras en la actualidad la renovación artística se produce más de una vez en la vida de un escritor o de un artista?

¿A qué mencionar la aceleración del cambio del conocimiento, especialmente en la ciencia y la tecnología, que hoy sabemos se duplica a lo menos cada siete años?

No estamos, pues, ante una época quieta y estable. Si los hombres no sabemos aprovechar las posibilidades a nuestro alcance no busquemos fuera de nosotros las dificultades para avanzar.

El mundo de los cambios nos pertenece. No sólo a los jóvenes sino a todos los que desean vivir dando un sentido a su existencia y una respuesta a su afán de realización. Por esta razón Chile ocupa una posición de expectativa ante el mundo. Nuestra historia revela un pueblo abierto, una mentalidad despierta y tolerante, y una flexibilidad de respuestas oportunas, desarrolladas en un auténtico espíritu pluralista. Esto es lo que nos ha llevado a cambiar cuantas veces fue necesario en el pasado, a renovar nuestra sociedad presente, y a preparar nuestra juventud, no para realizar el futuro sin tener presente, sino para tener futuro a partir del presente.

En Chile no es aplicable la afirmación que se ha hecho en los países desarrollados de la pérdida de capacidad de renovación y repensamiento de la sociedad por parte de los trabajadores de cualquier categoría, para quedar con la sola expectativa y posibilidades de transformación nacidas de los jóvenes o de los más preteridos.

Creo firmemente en la solidaridad de todas nuestras fuerzas sociales para participar en la construcción de una nueva sociedad. Será necesario para ésto, en relación a nuestro problema de juventud, efectuar un esfuerzo de educación, un esfuerzo de creación y un esfuerzo de superación.

Ubico el nuevo esfuerzo de educación de esta hora, no tanto en el aprendizaje del joven, sino en la socialización del niño a la más temprana edad. Hemos escuchado más de alguna vez que

“para buscar las virtudes y vicios de un hombre hay que remontarse al niño cuando recibe las primeras imágenes y escucha las primeras palabras que despiertan el poder de su pensamiento. Sólo así podremos entender los prejuicios, los hábitos y las pasiones que dirigirán su vida” (Alexis de Tocqueville. “Democracia en América”).

Sin pretender atropellar al niño en su personalidad, su dignidad, ni sus intereses, orientándolo para aprovechar lo mejor de sí mismo, debemos empeñarnos en este esfuerzo que en sí puede representar una garantía para el futuro.

Pero si además aspiramos a una nueva formación de nuestra juventud, debemos preparar una nueva actitud del educador. Debemos terminar con todo espíritu de profesionalización fragmentada, escasa en su fundamentación científica, a veces dogmática, que ha llevado a algunos a decir que hemos terminado por convertir los sistemas escolares en organizaciones reunidas por mutua desconfianza. Los educadores deben convertirse una vez más, en líderes morales e intelectuales de la juventud, en verdaderos sujetos de elevada identificación juvenil. Así, socialización y formación se conjugarán sobre una juventud expectante. Confío en la respuesta de la reforma educacional.

La segunda tarea es la creación de nuevas formas de vida y de ordenamiento social. Consistirá en no buscar el camino hollado de la sociedad despersonalizada, o de un modelo post industrial que represente la culminación de los males de su

modelo anterior. Consistirá, en síntesis, en alcanzar un mundo donde no sólo el nuevo nombre de la paz sea el desarrollo, como dijera Pablo VI, sino donde la nueva forma revolucionaria sea la aceleración del cambio.

Por último, precisamos un esfuerzo de superación, para crear nuevas riquezas; para construir, trabajando, una sociedad de trabajadores; para remover la apatía, el egoísmo y el conformismo; para despertar un gran sentido de esfuerzo y sacrificio como único camino de alcanzar el beneficio, no del lujo supérfluo, sino de las condiciones mínimas de una vida digna.

Lo que tenemos que superar está muy bien expresado por Marcuse que nos dice que "hay una rebelión cada vez más masiva y difundida contra el lujo, el derroche, contra las contradicciones de una sociedad que, por una parte alienta artificialmente el consumo inútil, y por otra no sabe atender las necesidades más elementales de grandes estratos de la población humana... Es esa la gran fuerza de la rebelión de la juventud de hoy. Si así lo deseamos, por comodidad o cobardía, podemos ignorarla. O aplastarla por la fuerza. Pero ninguna generación matará a todos sus hijos". Esto es lo que no queremos vivir. Por eso luchamos creyendo que es posible avanzar en la vida, con el respeto de la juventud y la convicción de que en nuestro país cada mañana, si son centenares o aún algunos miles los jóvenes que alzan su cabeza para provocar la ruptura, son millones los que se yerguen para convertirse en los mejores educados y los más informa-

dos, en los más cercanos al control de mecanismos de transformación y de poder, y en los más visionarios por su preparación y su compromiso.

Por eso estamos aquí, no para testimoniar como generación satisfecha, sino para buscar otros testimonios de hombres como los aquí reunidos, a fin de movilizar, más que las defensas, las potencialidades de convivencia, progreso y paz entre los chilenos.